

La calle para el viernes 24 de abril de 2009

Diario de un espectador

La michoacana

por miguel ángel granados chapa

“Seguramente nos hemos preguntado por qué casi todas las paleterías que conocemos, como La Michoacana, La flor de Tocumbo, Janitzio, Pátzcuaro y otras, nos remiten, por sus nombres, al estado de Michoacán, por qué se parecen tanto unas a otras; si forman parte de una misma compañía, o son franquicias para poder extenderse por todo el país y más allá de sus fronteras”

Las respuestas a estas preguntas están contenidas en un muy aleccionador texto aparecido en Relatos e historias en México, escrito por Martín González de la Vara. No disminuye en nada el prestigio del joven escritor si se precisa que su estilo de historiar le viene de sus padres, don Luis González y González y doña Armida de la Vara. De raza le viene al galgo, pues.

Tras plantear las preguntas, González de la Vara halló las respuestas, que “revelan una historia de éxito empresarial sorprendente: las paleterías La Michoacana no forman parte de ninguna compañía ni son franquicias, sino que han conformado una red de miles de negocios familiares a lo largo de más de sesenta años. Si los paleteros michoacanos fuesen una sola compañía, serían la empresa heladera más grande de América Latina y una de las mayores del mundo. Y es aquí donde los modestos paleteros miuchoacanos pueden dar lecciones de gestión empresarial a muchas compañías mexicanas.

“La red de paleteros michoacanos se conforma en la ciudad de México a partir de personas oriundas de Tocumbo. Con pocas opciones de vida, los jóvenes de esa región tenían que irse a trabajar a Estados Unidos o a las principales ciudades de nuestro país.

“En los años cuarenta, Rafael Malfavón tenía una pequeña paletería en la que ocasionalmente trabajaban los muchachos del pueblo. Un par de esos migrantes fue el

primero en adentrarse en el sector de la paletería en la capital del país. Agustín Andrade e Ignacio Alcázar abrieron sus comercios en la ciudad de México alrededor de 1942, después de intentar una variedad de pequeños negocios, como la venta de revistas, dulces y de algunos accesorios para automóviles. Poco a poco las paleterías se mostraron como negocios prósperos y, de manera muy paulatina, empezaron a expandirse, abriendo cada vez más establecimientos con nombres que recordaban su querencia michoacana. Andrade y Alcázar reclutaron a parientes y paisanos suyos para atender las nuevas paleterías. Cuando algunos de los empleados vieron que eran un buen negocio trataron de comprarlas. Los dueños no sólo accedieron a venderlas, sino que dieron facilidades para su adquisición a plazos.

“Pronto ese sistema se convirtió en el verdadero esquema de financiamiento de las paleterías. El dueño de una paletería llamaba a algún pariente suyo de Tocumbo para que se hiciese cargo del negocio y le daba opción a comprarla en un plazo de cinco años, más o menos. Una vez que la adquiría, el nuevo dueño podría reclutar a parientes o paisanos suyos como empleados, para repetir el proceso una y otra vez.

“Con el tiempo, Ignacio y Luis Alcázar fueron los líderes de una organización informal de paleteros. Este último se convirtió en el banquero y promotor principal de los tocumbenses. Confiado en el éxito de sus pequeños negocios, abrió paleterías en serie y mandaba buscar paisanos suyos para ponerlos al frente. Él dio así a sus negocios una imagen unificada que rápidamente se convertiría en una de sus principales características. Por ejemplo, al ver que las figuras de Walt Disney atraían a los niños, mandó pintarlas en los establecimientos que controlaba”.

Este trabajo de Martín González de la Vara, cuyas primeras líneas hemos reproducido, forma parte del número 8 de Relatos e historias en México, correspondiente a abril. Su portada muestra a Maximiliano, correspondiente al texto “Retratos de imperialistas”